

Yvonne Denis Rosario*Amante de anaquel*

Eras sólo tú cuando llegaron otros. Siempre estabas. Tus páginas no dejaban de abanicarme el conocimiento. Cerca a la cama, aguardando, accesible en la noche, para entrar a ese mundo que me ofrecías. A escondidas, tras puertas cerradas, me apoderaba de ti. Cumplía los deseos de siempre, pasar la vista a todo tú. Escudriñaba esa textura desde la carpeta dura y la vértebra que sostenía tu lomo. Adentro, cobijado por el cartón corrugado se escondía el tesoro del conocimiento que me entregabas. Silencio entre ambos. Comulgaba el intelecto. Entraba a las profundidades abismales del saber. En esa oscuridad una tenue bombilla alumbraba. La sombra de dos, convertida en una. Yo me sumergía cada vez más, sin detenerme. Ahondando. Al tacto del papel recreaba orgasmos, reciclados por el tiempo.

Las horas pasaban y ambos jugueteábamos entre puntos, paréntesis, corchetes, signos de exclamación, comillas, rayas y comas. Fiesta de letras se unían en celebración. Era numerosa la dicha involucrada. Y era a ti, a quién ofrendaba el tiempo, olvidando itinerarios, minutos y horas. Llevabas ahora el control. Mi respiración sin ritmo. Me hipnotizabas con palabras y oraciones, que se extendían hasta dejarme agotada. Descanso. El sueño se apoderaba.

Al despertar no era la misma. El hondo abismo, en una noche repleta de sapiencia todavía ardía y mi cabeza era otra. La sentía elevada, gigante, llena de ti. Transmitiste todo, con la destreza conferida por tantas ediciones. Flotaba el cuerpo. Levitaba. Me elevaste tanto, que quise tener más para sucumbir.

Repetía la lectura, una y otra vez. El final comenzó a llegar rápido. Entonces, decidí repasarte con detenimiento, para que no terminara el gozo que me proporcionaba tocarte al leer. Aun cuando mi vista estaba cansada y mis espejuelos resbalaban, luchaba para retomarte atenta. Resumía cada uno de los párrafos que identificaban tu esencia. Preparé bosquejos y análisis para realizar nuevas interpretaciones de ti. Profundizaba en cada impresión. Te marqué como mío. Anoté sólo en mi mente lo que significabas para expresarlo con tinta apasionada que no se borraría. Siempre esa apertura, desde la primera a la última vocal.

Creo que manosearte tanto provocó que deslucieras. Te descarté sin darme cuenta, pensaba que no había más que obtener de ti. Que el tiempo en que hubo ese acoplo había terminado. Dejé tu imagen encuadrada en el anaquel.

**

Ya muchos han bordeado mi aposento. Carátulas diversas, atrayentes, deseables. Saboreé a cada uno. Todos con cada una de sus haces, hurgaban desde mis pies, entre mis piernas, la pelvis, mis senos y subían por mi cuello, hasta mi cerebro; que excitado fluía con la narrativa expuesta.

Rodeaban el espacio de mi cuarto de descanso, el piso, la mesa de noche y el escritorio transparente contiguo, que como una lupa aumentaba los tantos. Llegaban por mis manos. Fui yo quien les di entrada: ¿por qué negarlo? Habilité estantes para ubicarlos. Desde mi lecho era abrirme a ellos y observarlos. Auscultaba al que me placía en ese momento, bajo entera plenitud. Todas las portadas me vieron desnuda. Recibieron algunas gotas que se escurrían de mi cuerpo al salir de la ducha, como ellos en mí. Nos encerrábamos. Orgías de índices e introducciones, prólogos, preámbulos y epílogos, hasta el mismo contenido eran uno. Anécdotas y palabras compartidas era lo

que aumentaba el deseo. Manipulé cada folio a mi antojo. A conveniencia, cambié el orden de su numeración.

Me llegaron diferentes sensaciones. Desde la alegría predecible de un final feliz, hasta el clímax de la llegada de un momento inesperado. Lágrimas de euforia cuando llegaba a esa plenitud de gozo. Hambre por saber más. Palpando con detenimiento para encontrar el éxtasis placentero. Contemplaba historias ficticias, románticas, fantásticas, que jugaban conmigo.

Ya, en la oscuridad, extenuada por el día, algunos reposaban sobre mis pechos mientras cabeceaba. Muchos convertidos ya en almohadas que sostenían mi cabeza que bullía. Otros, escondidos bajo mi cuerpo. Algunos dormían conmigo. Al voltearme, de madrugada, sentía como inconscientes me lastimaban. Volvía a ellos y depositaba su peso cerca, no lejos; para volver a encontrarlos y unirnos de mañana. Entre lo mullido y las sábanas de locura, intimaban, me acariciaban la materia gris, una y otra vez. Corpóreos movimientos involuntarios, en el colchón desierto me asaltaban, cuando los sueños me visitaban y recreaba largas lecturas.

El día que el hastío se acercó, moví los espacios entre unos y otros, supe que te extrañaba. Busqué en la biblioteca, entre libreros de madera y metal. Miré uno a uno los apostados. No te hallaba. Revisé estibas y no había nada. Abrí armarios. El baúl antiguo, clausurado, donde atesoraba recuerdos de épocas antiguas y secretas, estaba vacío. No te encontraba. La desesperación me enloqueció, debía verte. Necesitaba rozar mis dedos sobre todo lo que representabas. No podía saber de otros, no por ahora, descansaría de ellos. Quería volver sobre ti y rescata el pasado, era lo que esperaba.

Sólo a ti quise, el más ancestral y deforme. El de hojas amarillentas, lleno de hongos y aroma a la humedad de los años guardados. Podía leerte una y otra vez, te disfrutaba. Marcaba con mis uñas y la fuerza de mi yemas, las profundas áreas sensibles al unísono contacto con los ojos. Las que al releer suspiraba y gemía placentera. Llegué a encontrarte y volví a sentir eso de adentrarme en lo más profundo. El mismo encanto regresó con el gozo a borbotones. Anhelaba ese tomo desgastado, polvoriento y negro.

Ha vuelto a suceder, posar mis pupilas en otros. Ha pasado el tiempo y te olvidé, por los que llegaron. Es que no logro controlar eso de hojear a escondidas. Cuando traté de buscarte en melancolía, cayeron al suelo las palabras impresas y el viento las levantaba; como huyendo del falso y tardío reencuentro. Intenté recogerlas, unir las, pero la textura se tornó blanda, como un viejo libro usado sepultado con otros en un anaquel.

Entonces comencé a escribir.

.....